

Anales de Geografía de la Universidad Complutense
Vol. extraordinario (2002) 127-140

ISSN: 0211-9803

El plano de la City y Corte londinense de Felipe II¹

José María SANZ GARCÍA
Departamento de Geografía Humana. U.C.M.

«The Queen (Mary Tudor) gave the toast... Maunder's:
During the last four months... foreigners»

JEAN PLEIDY, *The Spanish Bridegroom* (1954),
Pan Books 1979, pp. 154 y 156.

Después de un larga travesía marítima, desde La Coruña, el 20 de julio de 1554, el **príncipe de Asturias** seguía mareado. Iba a bordo acompañado de una potente flota, con muchos Grandes de España con séquito y cuatro mil soldados. Ya había pasado el peligro de que los franceses intentaran evitar el resultado previsto, desfavorable para ellos, del viaje para contraer un matrimonio que cercaba a Francia. Estaba ya ante las rocas blancas del sur de Inglaterra y a su vista pensaba, alternativamente, en su próximo pasado y en el imperioso futuro que se le venía encima al casarse con otro Estado. No conjetura que lo hará dos veces más y siempre por conveniencias políticas. Antes lo ha hecho con Portugal; **María Manuela** le deja pronto viudo en 1545 en el sobreparto y con un hijo desequilibrado, **Carlos**, que le iba a proporcionar muchos disgustos y encabeza una leyenda negra antiespañola.

Ahora su boda, dentro de una política de matrimonios iniciada por los Reyes Católicos, iba a ser con Inglaterra para afianzar la talasocracia o dominio de los mares y la seguridad de las Indias. La reina **María Tudor** (1516-1558) era tía por su padre y le superaba en once años. Ni siquiera le favorece el re-

¹ Es ésta la obra inacabada, en la que Sanz García trabajaba en los meses de octubre y noviembre de 2000, suponemos que debido a su interés por los planos madrileños, ya que en uno de los epígrafes, el autor se pregunta si el Londres del *Civitates* pudo inspirar el plano de la corte de Madrid. El borrador, lleno de notas manuscritas, ha sido recuperado gracias a la labor de su esposa, M.^a Asunción Donaire y su hijo, Juan José Sanz Donaire.

trato que recibió pintado por **Antonio Moro**. Familiar le era su biografía como hija de **Catalina de Aragón** y por tanto también partícipe de la sangre de los Reyes Católicos. Su padre, **Enrique VIII**, el Barbazul británico, la declaró bastarda a los diecisiete años, tras un divorcio que no sólo era matrimonial sino políticorreligioso pues da origen a una nueva Iglesia, la Anglicana. Mucho sufre al perder incluso el trato de princesa y verse ante la amenaza de prisión y muerte según el capricho de su progenitor de quien le separaba además su ferviente fe católica. Pudo llegar al trono, en medio de complots, tras la muerte de su hermanastro, **Eduardo VI**, cuyo reinado termina el 6 de julio de 1553. Detrás del telón manejando hilos, pero ocultando la mano, Isabel, fruto de la decapitada Ana Bolena, que silencia su fe protestante y sus ganas de gobierno para no terminar como **Juana Grey**, otra aspirante al trono, a la que le empujan los familiares de su marido y que con él es ejecutada, fue reina ocho días. María tuvo también que acabar con el jefe de la revuelta, Tomás Wyatt, detrás de la cual está Francia, pero que fracasó ante la Torre de Londres.

Felipe sabe que la educación de Mary como mujer había sido supervisada por el filósofo valenciano **Luis Vives**, y que a los 36 años no ha estado vinculada a hombre alguno, aunque de princesa tuvo pretendientes entre los nobles ingleses y reyes extranjeros. Siendo una niña, seis años, se barajó su matrimonio con su primo **Carlos V**, entonces de 22, que, casado y luego viudo de Isabel de Portugal, será siempre un leal consejero. Y con **Francisco I** de Francia que abandona su prisión madrileña casado con Leonor de Austria, hermana del emperador, su carcelero. Su madre, Catalina, había muerto en 1536, sin ceder en sus derechos, un trienio después del divorcio. Su padre, **Enrique**, experto teólogo, proclamado por Roma «*Defensor Fidei*», se apoya en un texto del Levítico que prohíbe las uniones entre cuñados, pese a que se demostró que el primer matrimonio de **Catalina** con el príncipe de Gales no se había consumado por lo que la española pudo casar con las trenzas sueltas de virgen, como dicen algunos de sus biógrafos. El enfurecimiento de **Enrique VIII** con todas sus mujeres, comenzando con la primera, obedece a que quería un heredero varón.

María como política se apoya en el mundo católico: en el obispo Gardiner, algo chaquetero, que suplanta a Cranmer en la abadía de Westminster; y en el aristócrata, de castigada familia, sacerdote y cardenal, Reginald Pole, que, siendo seglar, pudo ser su gran amor juvenil. Éste cuando regresa de Roma como nuncio del Papa y sucede al otro como canciller, reclama los bienes confiscados a la Iglesia, lo que crea recelos. Muere poco después que María lo que facilita la vuelta al anglicanismo, y el buscarse el dominio de los mares por sí y para sí mismos.

El *bridegroom* o desposando (Felipe) teme el fracaso al suponer diferencias de temperamentos y de gustos, e intereses nacionales. Sabe de política in-

ternacional porque tuvo buen maestro y ha viajado largamente por Italia, Alemania, Francia y los Países Bajos, y le gusta mucho la geografía. No habla bien sino el castellano y el portugués; aunque algo entiende, no quiere expresarse en lenguas en que pueden corregirle o reírse. Con su esposa se medio entenderá en francés, castellano y latín. Para congraciarse con los Consejeros ingleses lleva mucha plata y oro de Indias. Pero pronto sabrá que los niños en la calle juegan a ahorcar españoles.

Con flamencos comenzó el juego; pues uno, **Simón Renard**, actúa como enviado de Carlos V para preparar los ánimos y otro, el **conde de Egmont** es quien firma las capitulaciones el 5 de enero de 1554 y al día siguiente se casa con la reina por poderes y hasta se refiere que entra en su alcoba y se tumba en la cama pero sin nada más, y todo ello ante notables.

Felipe debe haber recibido más noticias del país adonde va, de los embajadores ingleses que le acompañan, de los espías del emperador que es quien le ordena esta misión salvífica para los Habsburgo, y hasta del Pontífice romano que asiste a una bicontinentalización de la Cristiandad y al nacimiento de las iglesias nacionales. Como regente de España queda su hermana menor Juana, de 19 años, viuda del príncipe portugués y madre de **Sebastián**, el futuro mártir cruzado de Alcázarquivir. Su padre concede a Felipe el título de rey de Nápoles para que no haya diferencias protocolarias en la inmediata unión de cuerpos y reinos. Pese a ello ya sabe que sólo será rey consorte y que no se le coronará. Come en vajilla de plata frente a su esposa que lo hace en otra de oro, no puede intervenir en los asuntos públicos de Inglaterra ni pedir dineros ni soldados para las guerras del Imperio. Los ingleses temen la unión de Francia con la reina escocesa **María Estuardo**, otra Tudor, que puede provocar más conflictos y que, al final, será ejecutada en 1587.

Los ingleses en el continente defienden apasionadamente lo que les queda de la Normandía, de donde salieron sus dinastas, cuando sufrieron la última invasión de su insular historia. No permiten que se cumpla a sus costas lo que marca la divisa de la casa de Austria con su AEIOU. Que a lo alemán se lee «*Alles Erdreich ist Oesterreich untertan*», y a lo latino «*Austria est imperare orbi universo*». Así pues que toda la Tierra debe pertenecer a los Austria. Y con más latines «*Bella gerant allii, tu felix Austria nube, namque Mars allii, dat tibi regna Venus*». La casa de Austria, ya con dos ramas, debe extenderse, no con guerras patrocinadas por Marte sino con matrimonios, aunque el amor esté ausente. Esto obligaría a desplazar su centro de gravedad, pero también **Rodolfo II** cambia su capital de Viena por Praga. Cuando Felipe se proponga la invasión de Inglaterra, pensando en su hija **Isabel Clara Eugenia**, fracasará la Armada Invencible. El calificativo de «pérfida Albión» nace en los panfletos la Revolución francesa.

Volvamos al barco. Felipe siente doblegarse a la razón de Estado pero lo hará obediente a su padre y a su presumible interés. Poco sospecha, decíamos, que se casará otras dos veces más. Una enlazando con Francia, en 1559, con **Isabel de Valois**, con un amor que también ha sido manipulado por los noveleros; y otra con Austria, en 1570, con su sobrina **Ana**. Con todo vivirá más tiempo viudo que casado y las esperanzas que puso en tener unos buenos herederos fracasan. Algo nos recuerda a **Fernando VII**. La leyenda negra le pone varios hijos extramatrimoniales. En Southampton desembarcará con pocos compañeros, aunque eran muchos los cortesanos que le acompañaron al viaje: Alba, Medinaceli, el conde de Feria (que casa con una inglesa), Olivares, Chinchón, su fiel Ruy Gómez, etc. y como secretario Gonzalo Pérez; cada uno con su pequeña corte y dispuesto a quedarse allí hasta que Felipe lograra un descendiente que despejara el panorama de posibles oportunidades.

MUCHO SE PIERDE EN CALAIS. UNA ESPINA PARA ISABEL

Cabalgando bajo la lluvia llega a Winchester a un centenar de kilómetros, donde se aloja hasta la misa de velaciones, en la casa del deán. La moral de la reina es evidente. Se celebra el sacramento el 25 de julio en la vieja catedral y la luna de miel en Hampton Court (soberbia residencia que fue del cardenal Wolsey, otra víctima de Enrique VIII) antes de pasar a Londres. Recibe la orden de la Jarretera o de la Liga, en inglés «Garter». Es la del «*Honni soit qui mal y pense*» de curiosa leyenda cortesana y patronato de San Jorge. No vamos a repetir lo que puede encontrarse en cualquier libro de historia pues tanto el momento religioso como los personajes han movido torrentes de tinta en apasionados contadores. Sólo algunas pistas. Las doctrinas de la Reforma prosperaron gracias a que se movían sobre huellas anteriores y con profundos intereses. Los diezmos y primicias de la Iglesia tradicional, la sumisión a Roma en asuntos discutibles, el uso del latín en las misas, en fin todo lo que se apunta en el litúrgico «Book of Common Prayer» de 1549 de la «Church of England» surgida bajo **Cranmer**. Los nuevos titulares de bienes y dignidades de catedrales, abadías y monasterios los defienden con uñas y dientes. Muchos curas y monjas se habían casado, el culto a las imágenes estaba abolido... todo esto trajo, reinando Enrique VIII y Eduardo VI, persecuciones y suplicios, que se repiten ahora con el cambio de monarca pues Mary volvía a la fe hispánica heredada de su madre y pronto se la acusa de sangrienta («bloody»). En las parroquias se mantiene un «Book of Martyrs». Las guerras de religión terminan en guerra de estadísticas. Felipe y los teólogos que le acompañaron tienen que andar con pies de plomo pues corre el

rumor de que los españoles implantaran la Inquisición que también existe, como Tribunal de la Sangre, en los Países Bajos. Felipe elige al dominico Bartolomé de Carranza como confesor de la reina; conocido es que, más tarde, siendo ya arzobispo de Toledo, será objeto de un ruidoso juicio inquisitorial que duro 17 años, fue perseguido por Melchor Cano y el inquisidor Valdés. Bernardo de Bresnade, franciscano, interviene en las discusiones londinenses sobre el empleo de mano de obra indígena como esclavos en Indias. Alfonso de Castro, su propio confesor, predica contra las persecuciones a los anglicanos. Otro confesor de Carlos V, el dominico Pedro de Soto, da clases en Oxford.

Cuando muere Doña **Juana la Loca**, en Tordesillas, el emperador, ya rey exclusivo de España, se siente cansado y decide abdicar en Bruselas por lo que llama a su hijo. Allí, el 25 de octubre de 1555, cede la corona real. La preñez anunciada de la reina Mary resulta ser una falsa alarma y todos los doctores y parteras andan de acuerdo en que no puede concebir por sus años y achaques. Así pues aquel esperado **príncipe de Gales** que sería también soberano de los Países Bajos no llega. Estaba dispuesto que pudiera heredar la corona de España si se malograba el príncipe Don Carlos. Felipe, que trata cortésmente pero sin la reciprocidad de amor que su celosa esposa espera, y que supo dirigir desde Londres sus propios deberes con la escrupulosidad que le caracteriza, promete volver de Bruselas en cuanto el acto se celebre pero los asuntos se enzarzan y hasta sus enemigos ponen algunas páginas de faldas. El caso es que sólo retorna a Londres en marzo de 1557 cuando anda necesitado de soldados y soldadas, pese a que ya sabe que no va a encontrar apoyo en los Parlamentos ni en el Consejo. El amor cada vez más intenso de una reina celosa, le consigue lo que pide contra Enrique II y de nuevo embarca para el continente para no volver, aunque ha dejado mucho séquito. Allí le esperan nuevas campañas en las que él, que odia la guerra, interviene personalmente, y ve tanta sangre y dolor que la victoria de San Quintín el 3 de julio (*Te Deum* en Inglaterra) en vez de decidirle a marchar sobre París le moverá a levantar el monasterio de El Escorial.

Mientras tanto, el **duque de Guisa** pone sitio y toma la plaza de Calais, último reducto inglés en el continente. La reina, enferma de hidropesía, dice a sus médicos que cuando muera observen en su corazón cómo tiene clavada la espina de la pérdida de Calais. Felipe recibe casi al tiempo tres tristes noticias: su mujer ha muerto el 17 de noviembre de 1558, tras cinco años de agitado reinado y dos como reina de España, país que no llega a conocer, en la abadía de Westminster se celebra el último funeral regio por el rito católico, allí descansan sus restos con los de su hermanastra y sucesora Isabel que dará un golpe de timón al gobierno (también fracasan los intentos de Felipe,

representado por el **conde de Feria**, en unirse a ella o enlazarla con su primo hermano el duque **Manuel Filiberto de Saboya**, que ha perdido sus Estados y por ello escama); el 21 de septiembre muere, en Yuste, Carlos V. La misa de difuntos en Bruselas, el 28 de noviembre será en sufragio de sus esposa, padre y tía pues también **María**, ex reina de Hungría, acaba de morir en España.

En cuanto a Calais habrá que esperar a 1596, cuando se encarga del gobierno de Flandes el archiduque **Alberto**. Entonces y pese a que el puerto francés bien fortificado cuenta con el apoyo de barcos ingleses y holandeses lo toman al asalto los tercios españoles y valones. Ya hablaremos del «*Civitates*» en cuyo volumen se recoge su plano en traza de **George Hoefnagel**. Figura el escudo de España y aparecen dibujados soldados nuestros. Poco nos duró esta conquista, ahí eternizada, pues la devolvimos con el tratado de Verbins del 2 de Mayo de 1598, en el que reconocemos a **Enrique IV** como rey de Francia ya que ha abjurado del calvinismo. **Felipe II** muere el 13 de septiembre en El Escorial. Antes, dispensado Alberto que era cardenal y con órdenes menores, casó con **Isabel Clara Eugenia** y Felipe les cedió los Países Bajos que retornarán a la Corona al no tener hijos y con ello nuevas guerras para nuestra agotada España.

¿EL LONDRES DEL *CIVITATES*, DEL QUE FUE REY FELIPE II, PUDO INSPIRAR EL PLANO DE LA CORTE DE MADRID?

Muerta su esposa la reina en Londres ya no tiene Felipe misión en Inglaterra al no conseguir tampoco lo que espera de su sucesora, Isabel. Cambiará su política en todos los aspectos. Concretémonos en un punto. Tiene que volver a España y buscar una corte fija, declarándose por Madrid, al menos *de facto*, ya celebrado su tercer matrimonio con Isabel de Valois. Un buen historiador y madrileñista, **Alfredo Alvar**, nos ha recordado que su decisión en 1561 podía presuponerse ocho años antes, pues cuando se centraba en el enlace con la Tudor, el pseudónimo del príncipe, vallisoletano de nacimiento o pinciano, no era otro que el de Santiago de Madrid y que al año siguiente, es decir en 1554, Carlos V envía correspondencia estrictamente particular a su hijo como Domino Felippo del Pardo. De su preocupación por adquirir fincas, a partir quizás de una almunia o Casa de Campo ligada al Alcázar, junto al río de Madrid, nos da abundantísimos datos de primera mano **Luis Miguel Aparisi**. Desde Londres y en 1557 sigue preocupándose por cómo marchan las obras urbanas, y los jardines, y los pájaros de los sitios reales. Cuando volvió de su primer viaje por los Países Bajos era a éstos a los que ponía como modelo de paisaje.

En qué modelos exteriores de corte regia se apoya para establecerse en el centro de la península es un tema que, hasta nosotros, una pléyade de autores ha tratado pero siempre de pasada. Londres tiene entonces unos 150.000 habitantes (10% del total de Inglaterra), Madrid seis o siete veces menos. Las dos ciudades tienen infraestructuras y pasado harto diferentes. A la metrópoli de un puerto marítimo la sustituye con el oasis complemento de un pequeño río. El *Londinum* de la Britania romana existió; la *Mantua Carpetana* es un invención de los cronistas. Pero no nos vamos a meter en viejas historias o leyendas fáciles de imaginar descifrando topónimos de distintas civilizaciones tanto anglosajonas como normandas. Amparado en un fortín, el Londres medieval, cuyas casas eran de madera, se alargaba torneando el *Strand*, donde se levantaban palacios de nobles y obispos pero con depresiones que sus riachuelos llenaban de agua pantanosa y maloliente. Dura hasta la peste e incendio de 1665-66, del que va a surgir, con Wren y sus discípulos, un nuevo urbanismo que acaba con el gótico tardío o estilo tudor. En España, Felipe, intenta hacer algo distinto y empieza por un alejado monasterio, arcón de reliquias de santos, cuando allá se suprimen. Pero en el Palacio del Pardo, **Argote de Molina**, en 1582, nos habla de un pasillo con vistas y perspectivas de **Anton van Wyngaerde** (el de las Viñas) en las que se representan, en pintura al temple, del natural, Valladolid (donde el monarca ha nacido), Nápoles (capital del primer reino que obtiene), Londres y Madrid. Es curioso que también allí figuraran cuatro retratos de damas inglesas y sólo la tercera esposa de Felipe. A la segunda no se la representa, igual que en el grupo escultórico familiar del monasterio escorialense.

De todos modos también estamos muy lejos de las ciudades ideales del siglo XVI que formaban parte de los Estados utópicos, algunos muy cristianos como el del santo mártir inglés **Tomás Moro**. Los españoles, sobre todo los venidos directamente de la Península, contrastaban más las diferencias. Muchos creían encontrarse ante el modelo de Amadís de Gaula. Como es tema que soslayan los historiadores veamos cómo era el plano londinense contemporáneo. Antes conviene advertir el apoyo a la cartografía flamenca de padre e hijo (Carlos y Felipe). La de éste se afianza durante su estancia en los Países Bajos, pues hasta **Mercator** (1512-1594) se vanagloria en su mausoleo de ser *Imperatoris Domesticus*. De la afición a los libros, a las artes, a los mapas y al urbanismo de Felipe hay más muestras. Precisamente y para regalárselo a su marido María encarga un atlas al portugués, afincado entonces en Londres, **Diego Homem** que en 1558 aún sigue la técnica de los portulanos, representando el Atlántico, el Mediterráneo y el Mar Negro. Nos planteamos si conociendo al menos los intentos de un plano a gran escala de Londres no entraría en su deseo el tener otro similar de su segunda corte, ya en Madrid. El que

tengamos constancia de que hay aquí una representación planimétrica impresa en 1622, la de **Marcelli**, cuando la canonización de San Isidro, debe animarnos a buscar si hubo antecedentes manuscritos y de uso reservado. Buscando en **Herrera**, agrimensores y arquitectos de la Academia, en **Gómez de Mora**. Y basta de citar a **Wit**, tardío plagiatario.

Descubierta la esfericidad del planeta gracias a Elcano, y discutiendo los científicos renacentistas la doctrina heliocéntrica de **Copérnico** (1473-1543), se abandonan las representaciones ptolemaicas. Dentro del círculo innovador y enciclopédico de **Abraham Ortelius** y su «*Theatrum Orbis Terrarum*» que se refiere a grandes espacios terrestres, surgen otras de mares o del Firmamento. Comienza, en 1572, otra serie de seis volúmenes que recoge 530 vistas y planos urbanos, y que terminará en 1617. Se trata del «*Civitates Orbis Terrarum*», uno de los impresos mejor ilustrados de todos los tiempos, que completa la anterior obra. Se debe al grabador flamenco Frans **Hogenberg** (1535-1590) y a un canónigo que se preocupa de los textos, George **Braun** (1541-1622). Las vistas españolas son de Joris **Hoefnagel** que recorrió la península Ibérica entre 1563 y 1567. **Jansenius**, que compra muchas de estas planchas, añade otras, entre ellas la ya aludida del plano madrileño de 1622, cuya génesis y epifanías seguimos estudiando.

Vamos a analizar, un poco a la española, la hoja primera del volumen primero cuya cartela central latina reza «*Londinum Feracissimi Angliae Regni Metropolis*». Resalta, pues, su condición de ciudad madre de un reino y cabecera de arzobispados. Sus estudiosos señalan al grabado como compendio de un gran plano, en 16 ó 20 hojas, confeccionado por un artista desconocido entre 1553 y 1559. Retrata el Londres de los Tudor que conocieron los españoles. Del original sólo sobreviven dos grabados en láminas de cobre. Su escala cerca de 1:1.860. En tiempos de Isabel un «*surveyor*» (alamín o fiel de obras) **Ralph Agas** (1545-1621) hace una copia grabada en madera. Nosotros insistimos en la de Hogenberg.

Del siglo XIII Inglaterra conserva mapas ruterios, con dibujos simplificados de ciudades, Londres incluida. El plano más antiguo con método científico nos lo sitúan en Bristol, segunda ciudad del reino, en 1479. De Londres conocemos ediciones resumidas y otras con más detalles, así la de Peter **Van den Keere** de 1593 que sólo abarca la City y pone en columnas laterales los escudos de sus doce compañías, identificando muchos lugares con números y letras, aquéllos tal como constan son: Mercers, Grocers, Drapers, Fishmongers, Goldsmiths, Skinners, Merchant taylors, Haberdashers (camiseros), Salters (saladores), Ironmonger, Vintners y Clothworkers (pañeros). En los fondos antiguos de la Complutense hay un ejemplar de la «*Cosmographie Universelle de tout le monde*» París MDLXXV, obra de Sebastián **Munster**, ampliado por François de Belle Forest; trae una lámina a doble página de Lon-

dres. La primera edición en latín, fue en Basilea (1540) a la que siguieron otras en varios idiomas.

Sigamos con el nuestro. En el ángulo superior derecho se localiza el viejo escudo de Londres con una cruz y una espada en el cuadrante. En el ángulo de la izquierda el de los reyes ingleses de la época, con su doblete de tres leopardos y tres flores de lis. Lo segundo corresponde, desde el siglo XIII, al emblema de los reyes de Francia, que también lucieron los ingleses. Desde 1484 existe un College of Arms preocupado por la **Heráldica** y el protocolo, marcando preferencias en las reuniones oficiales. Aparecen figuras, que como otras del *Civitates* pueden ilustrar una Historia del traje en el XVI y dan a veces curiosas estampas de vida popular, como la pareja señorial y sus criados.

En el recuadro de abajo izquierda se alude, en latín, a que fue llamada **Tri-nobantum**, con muchas flores literarias que se repiten al tratar de otras ciudades. Se mide el carácter navegable del río «*sexaginta millia passuum*». Más se insiste en el comercio en la tabla de la derecha donde se alude a la semi-fortificada Stilliard (o Steelyard, que también significa romana de pesar) de la Hansa, que se encuentra al oeste del Londonbridge, y explica con qué países se negocia, sin citar a España. Estos mercaderes teutónicos conservaron sus privilegios hasta que Isabel los suprime. La casa de su Gilde «*qui vulgo Stil-yand nuncupat*» se sitúa en el plano. Alemania ya intentaba organizar la Europa de los mercaderes pero los ingleses trabajaban «*pro se*», con sus «*merchant adventurers*» para exportar en barcos propios. La compañía de Moscovia es de 1554, la del Báltico de 1579, la de Levante de 1581, la de las Indias Orientales de 1599... No hace falta hablar de ministros como William Cecil y Thomas Gresham (reformador de la moneda) como apóstoles del mercantilismo. Para los españoles han pasado de laneros y pescadores a corsarios, piratas y negreros. Sobre el modelo de Amberes se monta la *Royal Exchange*, entre 1565 y 67.

Como le gustaría saberlo a Felipe II, según decíamos, por lo que aseguran los cronógrafos. Según las descripciones de la época que hemos consultado, Londres tiene una elevación de 51 grados, 34 minutos (la latitud no aparece marcada) distando del último Occidente (copiamos datos de la Bca Blania, tomo referido a Inglaterra, Ámsterdam 2.^a edición, 1547; los datos de CAMB-DEN se solían referir a la longitud de las Azores, pero aquí parece que se hacen desde el Pico del Teide). Hemos aprovechado sus descripciones geográficas (ejemplar en el Instituto Geográfico Nacional). Los astrólogos la sujetaban a la influencia de Libra insistiendo en la participación de la naturaleza de Venus y Mercurio, que toca el horizonte pero no se la subpone y que la cabeza de Dragón es su vertical.

En página aparte viene una sucinta descripción refiriendo que la urbe está en el condado de Middlessex y que dispone de 120 parroquias. Nos

convendría contrastar los habitantes de aquella Inglaterra con los de España. Allí la revolución demográfica coincide con la industrial. Y el ventajoso emplazamiento de su metrópoli es fabuloso. Resolvió el problema del agua para beber en 1285 gracias a canalizaciones. Su carácter campestre se deduce de una proclama de Enrique VIII para conservar las perdices, faisanes y garzas reales desde su palacio de Westminster a los campos de Islington.

LEYENDO EL VIEJO PLANO DE LONDRES CON UNA LUPA ESPAÑOLA

Parte el grabado un tramo de tres kilómetros de río, al que se olvida dar nombre. Entra por donde el palacio de Lambeth (con embarcadero) y después de un codo sigue hacia el este. Atrás, y a la izquierda, deja el complejo de Westminster; flanqueando el Strand y la City llega hasta «*The Towre*» (sic) la torre, después de pasar sus aguas bajo un único puente. En la orilla derecha o el sur, **Southwark**, donde lo urbano se reduce, aunque hay casa de recreo y hospitales, y un camino que prolonga el «*towerbridge*». Se trata de un barrio de diversión, incorporado a la capital en 1531, donde se dibujan dos circos o coliseos circulares, uno que parece ser plaza donde se alancea a un toro (*bull*), otro que con el nombre de «*bear*» alude a los combates de osos con perros, y están marcadas las perreras.

Cuenta la anécdota que cuando **Jacobo I** amenaza a los de la City con quitar la corte de Londres, los «*aeldermen*» (concejales o senadores) le replican: «Puede ser, Sir, pero Su Majestad no se llevará el Támesis». Numerosas son las embarcaciones representadas dando muestra del tráfico fluvial. Las hay de diverso tipo y cabida, de vela y hasta con ocho remeros y 40 pasajeros. En el centro, una embarcación dispone de alabarderos y pasajeros con alguna dignidad a cubierto del sol o lluvia. Iban de «*stair*» (escala) a *stair*. Se distingue la jerarquía de los embarcaderos por el número de los botes que, como taxis, confluyen al grito de «*rows*», remos. Río arriba del puente son para el tráfico urbano, superior al de las calles donde los peatones se ensuciaban con la arcilla del suelo. No falta la alusión a los cisnes, propiedad indivisa del monarca, de la corporación de comerciantes de vino y de la de los tintoreros, con unas ordenanzas que subsisten. El **Puente**, de diecinueve arcos y de piedra, tiene «*gates*» o puertas. Como dispone de casitas y hasta de capilla a los lados resulta una calle. Hacia la desembocadura, buques de alto bordo que aprovechan el juego de la marea. En los viejos cronistas británicos no faltan quienes interpretan etimológicamente lo de Londinum como ciudad de las mareas. Hasta 1759 fue el único puente londinense.

Hemos citado el Lamberth (sic) Palace, desde 1450 residencia del arzobispo primado de Canterbury a 88 kilómetros de Londres. Es de los pocos palacios señoriales, y en ladrillo rojo, que subsisten. En la curva del río se anotan sus «*Marschen*,» en otro tiempo terrenos pantanosos convertidos en huertas. En diversos lugares leemos «*parish garden*» o huertos parroquiales. Desde aquí cabría una bella vista de la otra orilla donde hoy esta el Parlamento. Hablamos de un conjunto bajo el nombre de **Westminster**. Su abadía benedictina, levantada sobre un islote medieval, en la época isabelina se trueca en iglesia colegiata. En su sala capitular comienzan a reunirse entre 1376 y 1547 los representantes de los lores y los comunes. El edificio del actual Parlamento es del XIX. **Westminster Hall** era la antigua sala de los reyes normandos. Palacio real hasta 1547 (incendio); lugar de norabuena, coronación y sepultura de reyes, entre los monarcas enterrados ya aludimos a María Tudor y a su hermanastra. Más detalles, lo que viene después dejémoslo para las Guías.

Ocupa un triángulo descampado, en el oeste del plano, lo que con el tiempo se tiene como centro oficial de la urbe y punto cero o arranque de las millas del reino, algo así como la Puerta del Sol madrileña. Todo español conoce a qué alude la columna de Nelson, en Trafalgar Square. Se trata de **Charing Cross** con una cruz que fue la última (una en cada parada) que alza el rey **Eduardo I**, gran legislador (1239-1307) cuando su primera esposa y madre de 13 hijos, **Leonor de Castilla**, hija de San Fernando, en 1290 muere a 200 kilómetros de Londres y la trae a enterrar a Westminster. Había acompañado a su marido en la cruzada de Túnez, Sicilia y San Juan de Acre y se cuenta que al ser herido por un alfange que se creyó envenenado le chupó la herida hasta su curación. Se habían casado en el monasterio de las Huelgas de Burgos. De las etimologías que nos explican el nombre nos gusta la de que significa «*chère reine*». Una posterior estatua en bronce del decapitado **Carlos I** la mandó fundir la Revolución pero pudo volver a su sitio porque quien la compra para fundirla y hacer cuchillos, los vende bien como reliquias y así pudo devolver el original que había conservado. Doble negocio.

El **Strand** (la Ribera o Rambla) era una arteria entre el regio Charing Cross y la mercantil City. Notamos en el plano que sus casas-palacio quedan algo retiradas del Támesis barroso y hay huertas y jardines. Un siglo más tarde los comerciantes sustituyen a los patricios con nuevas villas. En las orillas encontramos nombres con una P detrás (*pier* = muelle o *palace*). También se registran los «*wharves*» (desembarcaderos), abundando el «*kay*» y los «*cranes*» (grúas y grullas). Aparecen también las palabras «*freres*» o «*friars*» que nos hablan de antiguos conventos desamortizados de frailes, blancos (carmelitas), negros (dominicos) o grises (franciscanos), según el manto. En el de los

«blackfriars» los cardenales **Wolsey** y **Campaggio**, legado del Papa, negociaron en 1529 el divorcio de Catalina, que, no aceptado por la Santa Sede, provoca otro divorcio de Iglesias que aún dura. En cuanto a Thomas Wolsey (1471-1530) ansioso de ocupar la sede Pontificia, que se permitió decir «yo y el rey», como favorito de Enrique VIII, al caer en desgracia y morir en su archidiócesis de York, tiene que ceder a su rey el palacio de **Whitehall**, adonde se trasladará desde Westminster, donde conoce a la Bolena en un baile de máscaras y donde residirá la católica María y alguno de sus sucesores. También pierde **Hampton Court** una fastuosa residencia que despertó la envidia del monarca que como la anterior la convierte en residencia real en la ribera derecha de río arriba. Una cartuja desocupada (**Charter House**) queda al norte extramuros. A su prior, que no acepta la Reforma, le arrancan un brazo y lo clavan en la puerta del monasterio. Acusaban los protestantes que dos tercios del territorio pertenecían a la Iglesia.

Nos sorprende la designación «**The Corte**» que no registran los diccionarios y suena a español o portugués. De 1185 data el edificio montado por la orden del Temple (nombre que se mantiene) y que tras su disolución en 1313 fue alquilado a la orden de los Hospitalarios de San Juan, siendo uno de los cuatro redondos de Inglaterra. Hoy está ocupado por el Colegio de Abogados, Inner Temple y Middle Temple en el barrio de los tribunales. De la importancia de los caballeros templarios normando-franceses y del odio que despertaban en el pueblo se hizo eco la novela «Ivanhoe» del escocés **W. Scott**. Nacidos como servidores de los peregrinos al Templo de Jerusalén, consiguieron miles de heredades con grandes rentas y su Prior lucía el puesto de Primer Barón del Reino.

Antecedentes romanos tiene la **London Wall** (cinturón de muralla), de ladrillo y piedra, y lo mismo algunas de sus puertas o «*gates*», cuyos nombres se apuntan. Señalamos los prefijos de las siete principales (había poternas): Ald, Bishops, Moor, Cripple, Alolers, New, Sud. De ellas la Newgate y la Aldgate tienen antecedentes anglorromanos. El arroyo del norte de la City era el river Fleet y el que la dividía el Wallbrook. Pero no es ocasión de hablar de aquella arqueología y su valor toponímico. En el plano se inscribe el interior de la muralla de All Hallows in the Wall o iglesia de todos los santos que se alzaba sobre restos romanos. Desde lo alto de su campanario el marino, cronista y borrachín Samuel Pepys contempló el penoso incendio de la City en 1666. Que duró cuatro días. Un barrio se llama «*barbican*» aludiendo a su origen como fortificación avanzada, tal vez herencia de las Cruzadas pues la palabra es árabe. Dentro de la City el **Guildhall** o Ayuntamiento nos retrotrae a cuando Juan Sin Tierra concede cierta autonomía a las corporaciones mercantiles y representantes de los barrios, que aumentan sus sucesores. El cargo de Lord Mayor, con su derecho de voto a la entrada del rey en la City, aunque

luego le homenajea, data de 1312 con Eduardo II. El edificio municipal de siglo XV sufrió el famoso incendio de 1666 y fue rehecho. Como la edificación era a base de casas bajas sólo destacaban los campanarios de las numerosas iglesias que sufren la quema lo mismo que 4/5 de la City, más de 13.000 casas que se mejoraron luego. La peste del año anterior ocasiona 75.000 víctimas. No se nombra pero destaca en el dibujo la **catedral de San Pablo**, con su gigantesca cúpula es la quinta iglesia en este lugar pues arranca de un santuario del siglo VII; la del plano, gótica, sufre el incendio de 1666, y presumía de ser la iglesia más larga del mundo y con una flecha de 164 m de altura. Se cita sin embargo a la de St. Denys y a su derecha otra que mal se lee... La Bishopstreetgate street va casi vertical al Puerto. Muchas calles toman el nombre de las puertas a las que se dirigen. Cercano quedaba el Maypolesocket en la iglesia de Saint Andrea, que a los españoles les recordaría la fiesta tradicional en tantos pueblos nuestros que celebran la entronización de las reliquias de Mayo con bailes y peticiones.

El terreno, ya lo hemos dicho, tuvo que humanizarse porque corrían muchos arroyos y era pantanoso. Hubo restricción para construir casas altas. Abundaban las de madera, en las que se dispuso, inútilmente, que las rodeara una cerca de piedra para evitar los frecuentes incendios. Las calles eran estrechas y también las fachadas, por lo caro del terreno. Los nombres recuerdan viejas artesanías. Con el tiempo algunos pantanos como los de Moorfields se convierten en paseos, asiento de hospitales... Se señala en el plano, al este, The Spitefields por referirse a un hospital fundado en 1.197. Rodeando la urbe se destacan grandes huertos (*Garten*), de áreas geométricas, con setos de árboles y alguna representación de las ovejas como testimonio de lo que hizo tan rica a Inglaterra, y por ello sobre un «*Woolsack*», saco de lana, se sienta aún hoy el lord Chancellor como Speaker de la cámara de los Lores dispuesto a esgrimir el mazo.

Al noroeste de la City vemos una plaza «*Smythe Field*», que ha tenido otras escrituras. Corresponde a la «*Campus planus*» de época romana. **Fitz-Stephen** lo describe como un lugar que ya en el siglo XII era lugar para el trato de caballerías, usado para carreras, ejercicios militares, torneos, ... además de mercado de ganado. En el tiempo de la reina Mary, pero no sólo entonces, fue lugar de estaca y horca, que sufrieron más de trescientos protestantes.

Suponemos que lo que más sorprendería a los españoles y hasta a nuestro monarca sería «*The Tower*» (que todos saben que fue construida por Guillermo el bastardo duque de Normandía que en Hastings, 1066, se convierte en el conquistador) para control de la City, junto a cuyas murallas se levanta. Fue Palacio real hasta 1530. Por poco que conocieran de la historia inglesa encontrarían larga la lista de sus sentenciados. A la misma Isabel la aprisiona María porque sospecha que es partícipe de la conspiración protestante de

Wyatt. Los guías sueltan una ristra de nombres cuando se llega a la «*the traitors gate*» o puerta de los traidores decapitados. Uno de ello fue **Santo Tomás de Canterbury**, patrono de los políticos desde el año 2000 por su fidelidad a la Iglesia romana. Que se repiten en la Torre sangrienta y otros lugares de la visita. El uniforme escarlata y oro de sus Yeoman Warders, encargados de la custodia de la Torre con sus viejas armas data de 1552, actualmente lleva las letras de E y R, alusivas a la reina Isabel II. Aunque no se nombre el gran edificio más a la derecha junto al río es el hospital de Santa Catalina, con iglesia, claustro y patios ajardinados.

La idea de ser rey, de verdad, en Londres, como prometía Santa Cruz o de que sea reina Isabel Clara Eugenia, no se aparta de Felipe II. En 1588 planea la invasión de Inglaterra en una anticuada creación conjunta de la flota española y los Tercios de Flandes. Cuando le comunican la derrota de su Invencible mandada por Medina-Sidonia, suelta una frase en la que se alude a que los elementos que le han vencido también eran ingleses. Fue un proyecto visionario: «*Castle in the air*».